

ñora, era un hombre impuro, que con sus liviandades azotaba las carnes inmaculadas de Jesús; este otro era un soberbio que con sus atrevidos pensamientos le coronaba de espinas; aquel era un rencoroso, que negando el perdón á su enemigo, aumentaba el enorme peso de su cruz; el otro era un avaro, que ocultando codiciosamente sus bienes á la presencia de las urgentes necesidades de los pobres, le clavaba en la santa cruz; este era un injusto que perjudicando gravemente á su prójimo, pasaba el pecho de vuestro Hijo con la lanza de su pecado. Pero ahora, Señora, todos arrojan las armas, todos se rinden y todos piden misericordia á vuestro Hijo Jesucristo, condolidos de vuestra amarguísima soledad. Recibid, ó dulce Madre mía, todas estas almas: defendédlas con vuestro poder, asistídlas en la vida, acompañádlas en la muerte, y procurádlas con vuestra eficazísima intercesión el eterno descanso de la gloria, donde todos os veamos por los siglos de los siglos. Amen.

SERMON

DE LA SOLEDAD DE MARÍA SANTÍSIMA.

PARA EL VIÉRNES SANTO.

(DE GONZÁLEZ.)

Idcirco ego plorans... quia longe factus est à me consolator convertens animam meam: facti sunt filii mei perditii, quoniam invaluit inimicus.

Por eso yo estoy llorando... porque se ha alejado de mí el consolador que convierte mi alma: mis hijos se han perdido, porque prevaleció el enemigo.

Jerem. Lament. c. 1. v. 16.

No tengo necesidad, cristianos, de explicar los motivos que han hecho convertir en un triste luto las preciosas galas de la Iglesia: vosotros sabéis muy bien que la Madre del Eterno, del Omnipotente, del Unigénito de Dios, la causa de nuestro júbilo, como la llama la Iglesia, el apoyo mas firme de nuestro consuelo y de nuestra confianza, María vestida de luto, oprimida de dolor, desfigurado su rostro, sumergida en un profundo abatimiento, lánguidos sus ojos, é inhumanamente atravesado su corazón al recuerdo de lo que ha perdido en su amado Hijo; María constituida en la mas cruel y terrible angustia, considerando al Salvador del mundo afrentosamente muerto y trasladado al sepulcro, es el objeto que hace cambiar en demostraciones de dolor y de consternación los festivos cánticos de las solemnidades religiosas.

Y á la verdad ¡qué situación tan amarga para la mas delicada de las vírgenes, para la mas tierna y amante de las madres! Paremos, cristianos, la consideración en esta circunstancia, la mas crítica de la vida de esta Señora, y tratemos de acompañarla y

consolarla en medio de tantas angustias. Pongámonos á su lado, luego que los piadosos amigos, arrepentidos tal vez de haber colocado en sus brazos el cadáver enteramente desfigurado de aquel Hijo divino, que ántes habia sido todas sus delicias, todo su tesoro, todo su honor, toda su gloria, se le arrebataron para depositarle en el sepulcro. No veremos correr por sus mejillas las lágrimas como corrieron por las del Salvador, al acercarse al sepulcro de Lázaro; pero en la vehemencia de su dolor veremos demostrada la ternura con que le ama, y la justicia con que exige de nosotros una reconocida correspondencia; y oiremos de su misma boca que si bien la falta de su Hijo atraviesa fieramente su alma; pero la causa principal de su dolor es, *quia longe factus est à me consolator, convertens animam meam: facti sunt filii mei perdit, quoniam invaluit inimicus*; porque la muerte inhumana la ha arrebatado á su adorable Jesus, en quien estaba cifrado todo su consuelo; y las potestades infernales le arrebatan continuamente los hijos que debieran sufrir la falta de aquel. De estas palabras podemos inferir la parte tan considerable que nos cabe y que debemos tomar en las angustias de María.

Pidámosle por lo que en esta ocasion padeció su alma santísima, nos alcance de su Hijo la gracia de conocer el motivo, por que le fué tan amargo este cáliz, para que podamos imitarla en el heroísmo de su caridad. *Ave María.*

Yo no puedo saber en qué se funda la opinion del padre san Gregorio respecto á la sensacion que hacen los golpes imprevisos. Es verdad que cuando de antemano se nos han anunciado, está preparado el ánimo y libre por este medio del golpe de una sorpresa, que suele ser mortal á las veces; pero no lo es ménos que, si el mal que nos amenaza, es inevitable, su anticipado conocimiento anticipa tambien el dolor, y que esta misma prevision suele hacernos conocer mas individual y circunstanciadamente los bienes de que vamos á ser privados, amarlos con mas intension y hacer por este medio mas sensible el dolor que nos causa su pérdida.

Desde que María santísima presentó en el templo de Jerusalem al niño Jesus, supo ya con toda seguridad la triste suerte que á ella y á su querido Hijo les estaba preparada; y ¿quién

sabe si se le comunicaria este funesto acontecimiento al anunciarle su gloriosa maternidad? Desde aquel momento no dejó de atravesar su amante corazon un cuchillo, tanto mas cruel, cuanto mas vehemente era el amor que profesaba al Hijo de sus entrañas; porque esta misma prevision como que la precisaba á considerar con mas detencion sus prendas singularísimas, sus gracias extraordinarias, sus relevantes cualidades, que cuanto le hacian mas apreciable á sus ojos, tanto mas acrecentaban el dolor de haberle de perder un dia; de suerte que convirtiendo esta funesta nueva en acibar amarguísimo todos los consuelos y delicias de su vida, ni la libraba del pesar, ni hacia ménos dolorosa la necesidad de apurar hasta las heces este cáliz amargo. Ah! no por esto habia de serle ménos sensible aquel furioso golpe.

Lo tenia previsto, sí; su alma estaba preparada: tal vez jamas se apartó de su memoria la profecía del viejo Simeon. Resignándose con la mayor humildad á los decretos soberanos de la voluntad de Dios, y adorando la justicia de su sábia providencia, habria repetido mil y mil veces las memorables palabras de su adorado Jesus: *non mea voluntas, sed tua fiat*; mas aún no habia recibido el golpe verdaderamente terrible: consideraba muy distante la pérdida de aquel que tenia á su vista.

Yo no sé qué género de esperanza nos anima, cuando se trata de personas que nos interesan: por mas seguridades que nos den los facultativos de la proximidad á la muerte; por mas señales que percibamos nosotros mismos, el amor, la pasion, el deseo de su vida nos infunde una especie de esperanza, que sirve de consuelo ó de lenitivo al ménos á nuestro dolor. Aún verificada la muerte todavia no llega á su colmo el sentimiento; la vista del cadáver es suficiente á engañar nuestro amor, y nos daríamos por satisfechos con que nos dejaran gozar mas tiempo de su presencia. Pero el canto fúnebre viene á herir nuestros oídos, anunciándonos al mismo tiempo que va á ser arrancado de nuestra compañía para no volver á verlo mas: entónces el dolor llega al último extremo; las lágrimas, los gemidos interrumpen nuestra silenciosa meditacion; la calma en que yacíamos como adormecidos, es reemplazada por la inquietud, por la zozobra, por la desesperacion.

María, instruída del sacrificio que ha de ofrecerse al eterno Padre de la sangre y de la vida de su adorado Unigénito, cree

con firmeza lo que se le anuncia; pero en tanto que no llega el momento de verse sola, aún al tiempo de verificarse la muerte, no desconfía, ántes la consuela la reflexion de que tal vez le suceda lo mismo que al patriarca Abrahan, que levantado ya el brazo y dispuesto á descargar el mortal golpe sobre su inocente Isaac, vió con el mayor placer realizadas sus esperanzas, de que á pesar de todas las apariencias se conservaría su preciosa vida. Llega el terrible momento en que espira su amado Jesus en una cruz afrentosa; mas como todavía le veía en su presencia, y principalmente habiendo depositado en sus brazos los piadosos amigos el sagrado cadáver, se forma mil ilusiones, con que procura hacer ménos terrible su situacion; pero cuando se lo arrebataron para conducirlo al sepulcro y ocultarlo á su vista, ay! ¿qué lengua podrá declarar, qué imaginacion será capaz de figurarse las angustias, el desconuelo, el insoportable martirio que sufrió su amorosísimo corazón?

Glorioso arcángel, descendiéndo nuevamente, pero no le recuerdes, como en otra ocasion, que es llena de gracia, porque al presente tiene sobre sí todo el peso de la culpa: no le digas que Dios está en su compañía, ay! eso seria una especie de insulto para una madre, que está llorando la pérdida de un hijo, cuya preciosa vida ha terminado á su presencia, y cuyos sagrados despojos se le acaban de arrebatar, para ocultarlos entre la oscuridad del sepulcro. Desciende pues á consolarla en su inmensa afliccion, á fortalecerla en su extrema congoja, á evitarle el fiero pesar de buscar inútilmente á su Amado.

No, madre amorosa, no os molestéis tendiendo la vista á todas partes; el objeto en que pretendéis saciar vuestros ojos, está oculto en las entrañas de la tierra; buscádo en vuestra imaginacion; pero tenéd entendido que en ella descubriréis cuanto conduzca á acrecentar hasta lo sumo vuestro desconuelo. Las innumerables entradas que abrieron las espinas en aquel sagrado cerebro, pondrán de manifesto el tesoro infinito de la sabiduría eterna que tenia allí oculto la diestra del Altísimo. Los ojos ya oscurecidos y cerrados á la luz os recordarán la felicidad con que penetraba los senos mas ocultos del corazón, y los misterios escondidos en el profundo abismo de la eternidad. Los labios cárdenos ya é inmóviles os le representarán como pronunciando aquellas palabras eficacísimas, á cuyo eco desaparecian las enfermedades, restituían sus presas la muerte y el

sepulcro, se retiraban vencidos y desesperados los infernales espíritus, y las almas pecadoras recobran la hermosura de la gracia, el brillo de la virtud y el derecho á la bienaventuranza. La sangre, las salivas y bofetadas que habian desfigurado su rostro divino, retratarán con los mas vivos colores aquella hermosura, en que excedia sin comparacion á todos los hijos de los hombres, y cuya amable vista hacia suspirar ansiosos á los mismos ángeles. Las manos os dejarán ver por entre las heridas de los clavos la virtud de la omnipotencia que se habia depositado en ellas. El cuerpo todo acardenalado, cubierto de sangre, deshecho, marcado con tantos y tan infames sellos de la afrenta, de la ignominia, de la infamia, de la maldicion, del pecado, de la muerte, os recordará con la mayor viveza ser el anunciado en tantas profecias, el prometido por el Criador para remediar los males de todas las criaturas, el esperado con tan vivas ansias de todos los patriarcas, de todos los justos, de todos los mortales, como el único que habia de sacarlos del estado de miseria en que yacian. Digámoslo de una vez: todo os recordará, os demostrará, os hará palpar la pérdida irreparable que nunca, nunca podrá ser dignamente llorada; la pérdida de vuestro Hijo, que lo era al mismo tiempo del eterno Padre; la pérdida del Unigénito de Dios, del sumo bien, de la misericordia infinita, del infinitamente perfecto.

¿Qué extraño, cristianos, que constituida en tan lamentable situacion diga con Jeremías (1): *idcirco ego plorans... quia longe factus est à me consolator, convertens animam meam?* ¿qué extraño, si el dolor que la aqueja, es el mas intenso, el mas cruel, el mas insoportable? Reúnanse todas las criaturas angustiadas y perseguidas de la desgracia; compárense sus males, su pérdida con los males y pérdida de María; oh! la comparacion seria una especie de blasfemia. ¿Qué es lo que todas ellas pueden perder con lo que ha perdido María? María ha perdido á todo un Dios. El mundo entero con todos los seres que lo componen, millones de mundos mas perfectos que él, todo es ménos que un átomo imperceptible, todo es una verdadera nada en su presencia; nada es capaz de suplir su falta por un solo momento. El tierno corazón de la mas amante de las madres experimenta un vacío inmenso, un vacío que nada será ca-

(1) *Thren. c. 1. v. 16.*

paz de llenar : su alma embriagada de amor sufre una aflicción extremada : y en ninguna otra cosa puede hallar consuelo sino en el mismo bien que ha perdido : *idcirco ego plorans...*, *quia longe factus est à me consolator, convertens animam meam*. Ay! su alma había sido criada para solo amar á su Dios; y para que nunca se disminuyese su amor, fué siempre santa, aunque unida á una naturaleza pecadora : la Providencia la conservó exenta hasta de la mas leve culpa, en medio de tantos peligros á que el mundo y el infierno exponían continuamente su acendrada virtud. El Señor la elige entre todas las criaturas para el ministerio único, el mas honorífico, el mas sublime y elevado, para madre de su eterno Verbo; y por un prodigio que ni tiene, ni tendrá semejante, forma de su sangre purísima por la virtud del Espíritu santo y sin el mas leve detrimento de su virginal pureza, la humanidad santísima de este Hombre-Dios; y despues de haber visto anunciada su divinidad por los ángeles, publicada por los cielos, adorada por los magos y demostrada por innumerables prodigios, ha disfrutado sin interrupción su amabilísima compañía por espacio de treinta y tres años, en los que no ha visto sino rasgos extraordinarios de una virtud la mas heroica, sin advertir jamas el menor defecto; una misericordia sin límites, que en ningún tiempo ha violado los derechos de la justicia; un amor, una bondad...

Mas ¿cómo es posible recordar todo esto sin que se la oprima el corazón de dolor, ó se divida en tantas partes cuantos son los recuerdos? porque el sentimiento no puede ménos de ser proporcionado á la pérdida, y si cuando se le desapareció de niño en Jerusalem, ántes aún de que pudiera dar testimonios prácticos de la grandeza de su alma, de la inmensidad de su amor, del poder omnipotente de su brazo, de la eficacia suma de su palabra, de su identidad con el eterno Padre; si entónces pudo ya esta madre tierna manifestarle la vehemencia del dolor que le había causado una separación de tan corto tiempo, ¿con qué expresiones, con qué afectos lo podrá manifestar ahora, despues de haber conocido su infinito precio por sus palabras, por su doctrina, por sus virtudes, por sus milagros, por su incomparable beneficencia? ¿ahora que ya no espera hallarle entre sus parientes, en casa de sus amigos, en el templo, ni en otra parte alguna, pues sabe que descansa en el frío sepulcro? Ah! en lugar de las amorosísimas quejas que le dirigió en

el templo, inundada de alegría por haberle encontrado, repetirá ahora con una cruel ansiedad las que él dirigió á su eterno Padre en lo mas acerbo de su pasión, manifestándole la horrosa situación en que le colocaba su abandono : *Deus, Deus meus, ul quid me dereliquisti?* ¿por qué, Hijo y Señor mio, por qué abandonas así á una madre..., á una madre... ay! ya dejé de serlo con tu muerte! ¿Por qué, ó Dios mio, has de tratarme con un rigor tan ajeno de tu clemencia, siendo tan generoso con todos? Oh! arrebatárasme ántes la vida, la vida que yo te he dado. ¿Para esto tanta elevación, tanto engrandecimiento, tantas distinciones, tan singulares beneficios? ¡Ojalá, diría con el paciente Job, que jamas me hubieras extraído de mi humilde condición! en ella estaría mi alma satisfecha, tranquila, libre de los dolores que ahora la atormentan. ¿Será posible que haya sido elevada á la cumbre del honor y de la grandeza, solo para que el golpe de mi caída fuese mas terrible, mas doloroso, mas inhumano? Vida mia, amor mio, único consuelo de mi corazón, ay! *idcirco ego plorans...* mi mal queda sin remedio; mi alma traspasada con la fiera lanza, no se ejercitará mas que en los suspiros, en el llanto, en las quejas, porque habiéndome faltado mi Hijo, no es posible que yo halle consuelo alguno : *quia longe factus est à me consolator*.

Y por cierto, en dónde pudiera buscarlo? El Hijo ya no existe; el cielo que ha descargado todo el peso de su indignación sobre el Criador, no será mas compasivo con la criatura; los ángeles...; pero si se presentaron al Salvador en lo mas cruel de su agonía, fué solo para declararle que era irrevocable el decreto de su muerte; los hombres... Ah! *idcirco ego plorans...* *facti sunt filii mei perditii*. El único lenitivo que pudiera ofrecerse á su dolor, era el saber que con la pérdida de su Hijo natural se adquiría una multitud de hijos adoptivos, que libres de la esclavitud, de la miseria y del pecado, adornados con la cualidad de hijos de Dios, compañeros de su gloria, herederos de su reino llenarian en parte los deseos de su amor acompañándola en su soledad, ya que no pudieran reparar completamente la pérdida de aquel; mas ay! *facti sunt filii mei perditii, quoniam invaluit inimicus*: el infierno enemigo de todas sus glorias, acrecentado su orgullo, enardecido su furor, aumentada considerablemente su indignación con la muerte afrentosa del Unigénito de Dios, se ocupa en remachar los hierros de la esclavitud en que gemían oprimidos los mise-

rables hijos de Adán: este monstruo ha conseguido con sus sugerencias que conviertan los hombres en su propio daño el mayor de todos sus beneficios.

Sí; la muerte del Hombre-Dios, que debía ser el origen de nuestra vida, la puerta de las misericordias y la fuente de la bienaventuranza, es por nuestra monstruosa ingratitud la ocasión de nuestra mayor desdicha; lo que irrita más el furor y la indignación de Dios contra nosotros; lo que más nos aleja de su gracia; lo que nos hace más incapaces de perdón y de misericordia. Nosotros mismos nos hemos hecho reos del más enorme de los delitos, pidiendo, decretando y poniendo por obra la sentencia de una muerte infame en aquel Hijo de Dios, que nos amaba hasta ofrecer su sangre por merecernos la vida de la gracia. Puede imaginarse un atentado más execrable? La naturaleza toda se ha cubierto de horror; el cielo se ha robado á nuestra vista, escondiendo sus luces para ocultarnos el camino de la gloria; la tierra enfurecida ha abierto una multitud de bocas, para devorarnos y sumergirnos en los abismos; el hombre, solo justo en esto, ha pronunciado contra sí la sentencia más espantosa, declarándose responsable de la sangre infinitamente preciosa de su Dios. Es verdad que los miserables que prorumpieron en tan horrorosa imprecación, pecaron de pura ignorancia, como dice el apóstol san Pablo, y aún creyeron hacer en ello un obsequio muy agradable al Señor; pero en esto mismo se conoce el predominio tan despótico que sobre ellos ejercía el enemigo, pues los cegó hasta el extremo de no dejarles ver la luz más brillante, y de impedirles el conocimiento de la más demostrada é interesante de todas las verdades: *invaluit inimicus*.

Y ¿se conducen de otro modo los cristianos, á quienes no es permitido ignorar, ni aún abrigar la menor duda acerca de la divinidad de Jesucristo? ¿No le están crucificando de nuevo á todas horas, cuando desprecian su majestad, insultan su paciencia, huellan su ley, por dar gusto á una carne de corrupción y de pecado, á una vil y sórdida codicia, á una soberbia ruinosa y degradante, á un mundo de vanidad, de locura, de perdición? ¿No llega su depravación hasta el extremo de profanar los lugares, los tiempos, los misterios más sagrados? ¿no arrojan con un imperdonable vilipendio, no pisan con un execrable sacrilegio, no sepultan con el más horrendo ultraje el augustísimo sacramento del cuerpo y sangre del Señor en el lugar

mas inmundo, más hediondo, cual lo es una alma de pecado? Abominable monstruosidad! ¿qué estragos no causará semejante desventura en el corazón angustiado de María, cuando los nuestros, aunque pecadores, quedan oprimidos, consternados, deshechos en lágrimas, prorumpiendo secretamente en las mismas expresiones: *facti sumus perdití, quoniam invaluit inimicus!* Y ¡ojalá que la despótica tiranía de Satanás se hubiera contentado con eso! pero pasa más adelante conduciendo á los hombres á los mayores desórdenes. ¿Quién hubiera creído que entre los cristianos se hallara quien tomase á su cargo el impugnar, ridiculizar, hacer una irrisión diabólica de las verdades, de los misterios, de los sacramentos de Jesucristo?

Piadosos esclavos de María, á vosotros pertenece enjugar sus lágrimas, prestar algún consuelo á su dolor, mitigar su pena, dulcificar en algún modo la amargura de su soledad. Compadézcaos su triste situación, á vosotros al menos que os gloriáis de ser sus amigos, sus hijos. ¡Qué inmenso tesoro de gracias no os dispensa la Iglesia, por acudir al templo á acompañarla recordando sus tormentos y angustias! No queráis privaros de tan imponderable beneficio, y á vuestra Madre de tan dulce consuelo por una indolente desidia: prestad atentos oídos á los lamentos con que esta desconsolada Señora se quejaria de vuestra ingratitud. *Vix Sion lugent*, exclamaria entonces con el profeta (1): los caminos de este templo están consternados, horrorizados al verse siempre desiertos sin que nadie se digne venir por ellos á dar culto, á promover la gloria, á acabar con las penas de María: *sacerdotes ejus gementes* (2): sus sacerdotes oprimidos de dolor é inundados en lágrimas lloran la deserción y abandono del lugar santo: *et ipsa oppressa amaritudine* (3): y la Reina soberana de la gloria se ve en extremo afligida y angustiada con el desprecio y abandono de sus mismos hijos. No, amados hermanos míos; no añadáis esta nueva aflicción á las aflicciones de esa Señora: emprended y emprendamos todos una vida penitente, virtuosa, caritativa, humilde, propia de unos verdaderos cristianos, y aprovechando la sangre del Cordero, y venciendo á nuestro común enemigo, la consolaremos, gozando en su compañía el fruto de la pasión y muerte de su Hijo. Amen.

(1) *Thren. c. 1. v. 4.* (2) *Ibid.* (3) *Ibid.*